

La economía mexicana: cambios, nuevos problemas, perspectivas

Alonso Aguilar Monteverde*

El autor analiza la economía mexicana de los últimos 25 años, centrándose en los cambios internacionales más significativos; asimismo reflexiona acerca del cambio neoliberal en los países subdesarrollados y sus repercusiones, que en el caso mexicano ha implicado estancamiento económico, caída de la inversión, debilitamiento de las actividades agrícolas, privatización e incremento de la deuda externa. El ensayo concluye con un apartado de perspectivas, enfatizando la necesidad de elaborar una "estrategia alternativa" basada en la acción de un frente amplio democrático.

The author analyzes the Mexican economy of the last 25 years, focusing in the most significant international changes; also he reflects upon the neo-liberal change in the underdeveloped countries and its repercussions, which in the Mexican case has implied economical stagnation, fall of investment, debilitation of the agricultural activities, privatization and rise of the external debt. The essay ends with a section of perspectives, stressing the need of elaborating an "alternative strategy" based on the action of a wide democratic front.

L'auteur analyse l'économie du Mexique au cours des 25 dernières années, en centrant son étude sur les changements mondiaux les plus significatifs; il réfléchit également sur la nouvelle politique néo-libérale dans les pays sous-développés et sur ses répercussions qui ont signifié, pour le Mexique, stagnation économique, chute des investissements, baisse de l'activité agricole, privatisations et augmentation de la dette extérieure. On trouvera, dans la conclusion, une partie réservée aux perspectives, qui met l'accent sur la nécessité d'élaborer une "stratégie alternative" reposant sur l'action d'un large front démocratique.

* Ex Investigador y fundador del Seminario *Teoría del Desarrollo* del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

Introducción

En el presente artículo intento ofrecer a los lectores de *Problemas del Desarrollo*, revista que cumple 25 años de vida, una reflexión sobre la economía mexicana, el entorno internacional en que se desenvuelve y sus perspectivas.

El tema es complejo y, dadas ciertas limitaciones de espacio y tiempo, soy consciente de que me expongo a que buena parte de lo que quisiera decir quede en el tintero. Para entender lo que es hoy nuestra economía es preciso reparar en lo que acontece fuera de ella, y no limitarse a tomar una fotografía fija que sólo nos dé una imagen estática muy parcial e insuficiente. Incluso es necesario ocuparse, al menos de manera lateral, de cuestiones sociales y políticas que desbordan lo estrictamente económico.

La realidad siempre está en movimiento y, por tanto, sólo así podemos comprenderla. La clave, entonces —a propósito de los 25 años de esta revista, y si tomamos ese lapso como punto de referencia—, está en saber qué era México hace un cuarto de siglo y qué es ahora. Lo que quiere decir que el origen, alcance, naturaleza y dirección de los cambios, es el hecho principal a examinar y la condición para entender lo que es nuestro país en los umbrales del nuevo siglo.

Algunos cambios internacionales de fondo

El mundo de hoy, se repite con frecuencia, no es el de antes, no es siquiera el de hace unos años. Pero no es fácil saber lo que ha acontecido. De manera necesariamente enunciativa, recordaré algunos hechos que sin duda influyen grandemente en la situación actual del país.

1. En el medio siglo posterior a la segunda guerra mundial, el capitalismo recorre dos fases sucesivas, ambas de larga duración. La primera, de los años cuarenta a fines de los sesenta, es de rápida y sostenida expansión; la segunda, en cambio, que en rigor se extiende hasta hoy, es de crisis, inestabilidad y lento y desigual crecimiento económico.

En la primera de esas fases, en la que incluso llega a hablarse del “milagro mexicano”, nuestra economía crece con rapidez. En esas casi tres décadas no faltan quienes piensan que el capitalismo ha superado en definitiva las crisis cíclicas, pues salvo dos o tres momentos de estancamiento, en general la situación es bastante estable y la producción, la inversión, el ingreso, el empleo, el comercio internacional y el movimiento de capitales, se elevan de manera sustancial.

La segunda fase se caracteriza por serios desajustes y devaluaciones aun de las monedas hasta entonces más fuertes; por la caída más severa de la producción en la posguerra, como es la de 1974-1976; por una extraña confluencia de estancamiento y desempleo con inflación, y por profundos y prolongados desequilibrios comerciales y financieros y fuertes presiones recesivas en los años ochenta y noventa.

A partir de 1973, cuando la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) aumenta los precios del petróleo, y sobre todo desde 1974, cuando caen la producción y el ingreso en los países industriales, y poco tiempo después en muchos otros, en los que además hay mayor inestabilidad y profundos desequilibrios, se advierte que la opinión de que el capitalismo había superado la crisis no corresponde a la realidad. Y aunque en ciertos momentos y en determinados países se vuelven a alcanzar altas tasas de crecimiento, en general, la actividad declina, la formación de capitales se debilita, la productividad no se eleva ya como antes; y pese al avance tecnológico, la reestructuración del capital y de la producción y las nuevas maneras de contrarrestar la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, no se abre una fase de expansión comparable a la de los años de posguerra.

En México, concretamente —y ello por razones especiales—, de hecho sólo en el breve lapso comprendido entre 1978 y 1981, o sea en los años del auge petrolero, se alcanzan muy altas tasas de crecimiento económico del 8% en términos reales.

2. Un segundo hecho de gran influencia a escala mundial y sobre nuestra economía, cuya intensidad no tiene precedente, es la internacionalización no sólo la actividad económica y en especial financiera, sino la vida toda: la producción, la transmisión de nuevas tecnologías, el comercio, ciertas inversiones y, sobre

todo, las comunicaciones, el transporte, la información y la disseminación de ideas, conocimientos y otras expresiones culturales.

La internacionalización se da de múltiples maneras. El Plan Marshall y el apoyo a la reconstrucción de Alemania y otros países de Europa Occidental, así como de Japón; la promoción de la inversión privada estadounidense a través del llamado Punto IV, de Truman; la modernización industrial, que a partir del fordismo impulsa Estados Unidos; el aumento del comercio internacional y el desplazamiento de la inversión extranjera, primero de unos países industriales a otros y después hacia algunos subdesarrollados; el rápido aumento de las deudas externas, la creciente importancia del capital propiamente transnacional y la tendencia a reestructurar y fragmentar económica y geográficamente el proceso productivo, a partir del redespiegue, las llamadas empresas "maquiladoras" y otros mecanismos; el traslado masivo de recursos financieros de los países endeudados y pobres a los ricos, sobre todo en los años ochenta, y la cambiante división internacional del trabajo que resulta de todo, ello, influyen en la dirección antes señalada.

Los profundos cambios que en pocos años sufre la composición de nuestro comercio exterior e incluso el comercio interno, la infraestructura productiva, ciertos servicios, el mercado financiero, el propio desarrollo industrial, y desde luego los que afectan a la información y la comunicación, habrían sido imposibles si la economía internacional no hubiese experimentado la transformación mencionada.

Es tal la intensidad de la internacionalización en los más diversos campos que hoy es común hablar de "globalización", como si lo que se hace y proyecta más allá del territorio de cada país y del ámbito político-económico nacional, tuviese ya un alcance propiamente mundial o planetario.¹

La verdad es que las cosas no han llegado tan lejos, salvo algunos capitales transnacionales muy poderosos, que más que en un país operan simultáneamente en varios, para un mercado realmente mundial y con base en una vasta organización multinacional,

una extensa red comercial, un sofisticado sistema de comunicación electrónica y recursos financieros del más diverso origen y a los que, aun en los lugares más apartados, se puede hoy tener acceso inmediato. Ciertos productos que se consumen ya masivamente en todas partes y acaso, sobre todo, la revolución en la informática; incluso aquellas actividades económicas que se han internacionalizado como nunca antes, están lejos de realizarse a escala global, y ni qué decir de las muchas otras —en verdad todavía la mayoría— que aun en los países industriales, y desde luego en los subdesarrollados, se mueven primordialmente en planos nacionales y aun más estrechos, a veces sin rebasar el ámbito de ciertas ciudades y regiones.

Probablemente la dimensión de algunos problemas es ya "global", en cuanto a que sólo la comunidad internacional en su conjunto, e incluso la humanidad toda a la que afectan, podría resolverlos. Pero la globalidad de tales problemas —como el de la guerra nuclear y la paz, el desequilibrio ecológico, el desarrollo y la integración regional, la estabilidad monetaria y el financiamiento internacional, la desigualdad social y la extensión dramática de la pobreza, el trabajo migratorio, el narcotráfico y otros— está lejos de expresarse en las políticas en acción y en las soluciones que se proponen, cuyo alcance sigue siendo a menudo muy restringido.

La influencia que la internacionalización ejerce no es lineal sino, como el proceso mismo, dialéctica. Entre otras contradicciones, mientras lo económico y lo cultural rebasan con frecuencia las fronteras nacionales, las decisiones políticas se siguen tomando en lo fundamental dentro de cada Estado; la cada vez mayor dimensión del mercado mundial entra en conflicto con los nuevos bloques y formas de integración regionales, que tampoco coinciden entre sí y en los cuales se acentúa la competencia; las políticas de apertura comercial y financiera chocan con modalidades de proteccionismo, que los defensores imperiales del "libre comercio" no se resuelven a abandonar; las nuevas formas de inserción en la división internacional del trabajo no sólo exhiben interdependencia, sino dominación y dependencia, e incluso una integración subordinada a los más fuertes países industriales, que en general retienen en su territorio las actividades más complejas, de alta productividad, tecnología e intensidad de capital y que generan mayor valor agregado, en tanto que desplazan hacia ciertos países

¹ Sobre la "globalización", véase, del autor de este artículo: "Internacionalización, desarrollo y libre comercio", *Estrategia*, núm. 103, enero-febrero de 1992, pp. 34-44.

subdesarrollados aquellas —o las fases del proceso productivo— que utilizan más mano de obra y no necesitan grandes capitales ni costosas tecnologías; aunque en años recientes se ha alterado esa tendencia, y en algunas economías subdesarrolladas —como la mexicana— han empezado a operar, bajo control trasnacional, industrias que hasta hace poco tiempo se conservaban en la metrópoli.

Aun así, la relación que en el marco de una cada vez mayor internacionalización se observa entre naciones industriales y subdesarrolladas, es muy desigual e inequitativa. A menudo, como ocurrió en los más difíciles años de la llamada "crisis de la deuda" en la primera mitad de los años ochenta, las naciones ricas y acreedoras no sólo no trasladan fondos hacia las más pobres y endeudadas, sino que los sustraen en grandes cantidades debido, sobre todo, al oneroso servicio de esa deuda y al intercambio desigual, a lo que se añade una persistente fuga de capitales que expresa la desconfianza de los propios inversionistas de los países subdesarrollados.

En condiciones como las actuales, los países industriales, y especialmente Estados Unidos, cumplen una doble función: por un lado destinan más que a la producción a los mercados financieros ciertos excedentes de capital hacia economías subdesarrolladas como la mexicana, de las que a la vez reciben ahorros no deleznable —fuga de capitales, envío de utilidades y sobre todo mano de obra masculina y femenina, calificada y no calificada, urbana y rural, legal e ilegal, a la que en general se discrimina y se le pagan bajos salarios, pero casi siempre mejores de los que esos trabajadores obtendrían en su país.

El papel que el desplazamiento internacional de mano de obra barata juega en la nueva división del trabajo es sin duda muy importante. De un lado el gran capital se mueve hacia países y regiones en lo que, aparte de otras ventajas, hay excedentes de mano de obra fácilmente aprovechable; y de otro, los propios trabajadores emigran del campo a la ciudad, de las ciudades de menor crecimiento a las más dinámicas, y de ciertos países subdesarrollados a las economías industriales a las que tienen mayor acceso. El caso de Estados Unidos es de especial interés, pues sus capitales trasnacionales se proyectan cada vez más hacia el exterior y la mano de obra, sobre todo de países subdesarrollados de América Latina y

de Asia Oriental, afluye como nunca antes al mercado estadounidense, lo que trae consigo significativos cambios en la composición de la fuerza de trabajo, sobre todo en las actividades que absorben más trabajadores migratorios.

La internacionalización tiene efectos contradictorios, sobre todo porque si bien de un lado significa mayor socialización de la producción y el proceso económico, la concentración y centralización que la acompañan promueve, a su vez, la privatización de la propiedad hoy de moda en muchos países. O sea que la producción cada vez más socializada contrasta con una propiedad más privatizada y, en un sentido amplio, monopolista, lo que parecería indicar que la contradicción fundamental del capitalismo se acentúa e influye en la crisis que el sistema sufre desde hace más de dos décadas, y, a la vez, acaso contribuya a mitigarla, pues en ausencia de una inversión significativa del Estado y de una planificación pública eficaz, los más poderosos consorcios privados trasnacionales se vuelven los nuevos ejes en torno a los cuales gira la economía mundial.

3. Un tercer elemento estrechamente ligado a los anteriores, que ejerce también gran influencia en los últimos años, es la revolución tecnológica. Con todo y ser a veces muy lenta, y en conjunto muy desigual, la incorporación de nuevas tecnologías, el uso creciente de la microelectrónica y la informática, tanto en los más poderosos consorcios trasnacionales que operan en nuestro país como en los más fuertes grupos empresariales mexicanos, rompe con métodos de producción previos ya insatisfactorios, flexibiliza los procesos productivos, altera la relación capital-trabajo, favorece la automatización, reduce ciertos costos y eleva la productividad y la eficiencia, especialmente cuando se cuenta con mercados internos e internacionales que permitan aprovechar economías de escala y recuperar las cuantiosas inversiones que reclama la modernización.

El avance tecnológico que —repetimos— en la economía mexicana se da de manera muy desigual, expresa no obstante un proceso de reestructuración que si bien impulsa el desarrollo a partir de la reorganización y fortalecimiento de los principales grupos empresariales, que ahora se modernizan, elevan su productividad,

se vinculan de nuevas maneras al capital extranjero y proyectan crecientemente hacia el mercado exterior, a la vez lo desvía y obstruye debido a que profundiza la desigualdad entre las grandes empresas y las pequeñas y medianas, provoca rupturas en ciertas cadenas productivas, incrementa el desempleo y el subempleo y hace crecer explosivamente la economía "informal", limita y deforma la demanda y, en general, el mercado interno, que se fragmenta y polariza como nunca antes.

4. El desplazamiento que, concretamente en los países subdesarrollados, va de la protección a la apertura comercial y financiera, del desarrollismo y el populismo al eficientismo y el neoliberalismo, y en otro sentido, de diversos tipos de regulación e intervención del Estado en la economía, a la "desregulación", la privatización y el "libre comercio", éste último convertido incluso en un nuevo mito, según el cual todo se resolverá si dejamos que las fuerzas del mercado —la vieja mano invisible— se encarguen de hacerlo espontáneamente, demuestra a cada momento que la libertad y el bienestar que se nos ofrecen no aparecen por ningún lado.

El mercado "libre" no significa —como algunos aseguran— la asignación racional de los recursos ni el fin de las restricciones y de los monopolios; paradójicamente es más bien una ampliación de las libertades que, al fortalecerse como nunca antes, exige precisamente el capital monopolista en su beneficio. Bajo este nuevo orden no hay "libre" competencia, sino, cada vez en mayor medida, competencia imperfecta y aun monopolista, en la que el papel dominante lo juega el capital transnacional.

Por ello, la creciente apertura comercial y financiera que se nos impone y que en parte apoyan también los grupos empresariales mexicanos mejor organizados y con mayores posibilidades de acceso al mercado exterior, significa, además, una cada vez mayor movilidad del capital, la mano de obra y sobre todo los recursos financieros, que vuelve más difícil mantener cierta estabilidad y promover el desarrollo.

El reclamo estadounidense de un continente americano abierto al comercio y la inversión extranjera —que en la reunión celebrada hace unas semanas a iniciativa del presidente Clinton, en Miami, se

convierte en un acuerdo hemisférico—, en vez de una integración latinoamericana que refuerce la capacidad de negociación y permita a nuestros países insertarse de mejor manera en la economía internacional, no es nuevo; incluso la vieja Doctrina Monroe no es ajena a esa pretensión. Tan sólo después de la Segunda Guerra Mundial se multiplican los instrumentos con los cuales Estados Unidos pretende, al amparo del "libre comercio", la "democracia" o la "seguridad nacional", consolidar su dominación. El Plan Clayton, la Carta de la Habana, el Pacto de Río de Janeiro, la Declaración de Caracas, la Alianza para el Progreso, la Doctrina Johnson y otros, son sólo algunos de esos instrumentos. Y en lo que hace al propósito de lograr una integración continental subordinada a los intereses de Estados Unidos, el Tratado de Libre Comercio suscrito recientemente con Canadá y México intenta ser la puerta y la condición que, en definitiva, permita al capital transnacional estadounidense reforzar su posición y moverse con la mayor libertad, desde Alaska a la Patagonia.

5. Otro cambio, éste acaso de mayor dimensión estructural consiste en que, como dice Paul Sweezy: "Durante la primera mitad del siglo XX, el proceso de acumulación de capital se centraba en el capital industrial, como había ocurrido desde el inicio de la revolución industrial... Y aunque no faltaban banqueros y otros intermediarios que vivían en medio de la especulación financiera, ...en conjunto, las finanzas estaban todavía subordinadas a la producción."²

Fue en las dos últimas décadas, según el propio autor, es decir, cuando la economía capitalista no crece ya como antes e incluso tiende al estancamiento, cuando el peligro de superproducción se agrava debido a que no es ya rentable producir ciertos bienes y servicios para los que no hay suficiente demanda; cuando, a la vez, la actividad se desplaza hacia las bolsas de valores y los mercados financieros, ahora divorciados en gran medida de la realidad económica y de la actividad productiva, y en los que se especula a escala internacional.

² Sweezy, Paul. "The triumph of financial capital", en *Monthly Review*, vol. 46, junio de 1994.

Ese cambio, que se da en el marco de la crisis capitalista y, a la vez, en respuesta a ella, es otro de los hechos que contribuye a activar los mercados financieros, y al propio tiempo a debilitar la inversión productiva y el proceso de acumulación de capital real, al reducir el efecto multiplicador de la inversión y elevar la relación media y marginal capital-producto, o sea el costo de capital por unidad de producción.

6. A lo largo, sobre todo, de más de cuatro decenios —desde la segunda mitad de los años cuarenta a fines de los ochenta—, la guerra fría influye también, incluso sobre los países subdesarrollados. La carrera armamentista, que a la postre afecta y debilita a los dos bandos en pugna, sustrae y aun destruye enormes recursos, sin provecho para nadie excepto para quienes hacen de ello un criminal negocio. Recursos necesarios para el desarrollo económico, que más de una vez se conviene en destinar a actividades fundamentales, se desvían y utilizan para otros fines. Y así no sólo persisten la desigualdad y el atraso, sino que se multiplican y alargan los conflictos armados y se ahondan, a menudo artificialmente, las rivalidades entre los pueblos y en el seno de muchos de ellos.

En el marco de la “guerra fría” cobran fuerza la intolerancia, el macartismo, la violación de los derechos humanos; a consecuencia de ella, acaso nada sufra tanto como la democracia y la libertad; aun ciertas reformas se vuelven sospechosas; toda acción revolucionaria se califica de “subversiva”, y el intento de que algo se modifique y sea mejor, es “comunismo”.

La caída del socialismo europeo y la desaparición de la Unión Soviética son hechos recientes, de gran importancia en la reestructuración del mundo de nuestros días; gracias a ellos el capitalismo se refuerza y recupera su condición —perdida desde la revolución de 1917 en Rusia y el surgimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)— de un sistema propiamente universal. Con independencia de si el régimen que ahí prevalecía era o no realmente socialista, lo cierto es que no era capitalista, y que ahora, en cambio, son la propiedad privada, el mercado y los mecanismos capitalistas los que se fortalecen, con indudables ventajas sobre todo para los países económica, política y militarmente dominantes. O

sea que el desplome de los sistemas europeos no capitalistas se suma a los hechos que promueven la internacionalización, una internacionalización que lejos de llevar a un nuevo orden mundial que asegure mayor racionalidad y mejores niveles de vida para todos, lleva incluso a una mayor y más dramática desigualdad, como la que hoy exhibe el cada vez más pobre, ajeno a la “globalización” y marginado “Cuarto Mundo”.

El economista Samir Amin considera que, en realidad, vamos hacia un mayor “desorden mundial” y una creciente polarización. Hay dos nuevos hechos en el sistema internacional:

...el deterioro de la Nación-Estado centralizada y la subsecuente desaparición del vínculo entre la esfera de la reproducción y la acumulación y el control político y social, y la caducidad del contraste entre regiones centrales industrializadas y regiones periféricas no industrializadas, y el surgimiento de nuevas dimensiones de polarización...

La capacidad de competir en el mercado mundial —se dice— no se improvisa, depende de factores económicos, políticos y sociales, y se desenvuelve en medio de una dura lucha, en la que los grandes imperios económicos emplean sus “cinco monopolios”, esto es: el monopolio tecnológico, el control de los mercados financieros mundiales, el monopolio de acceso a los recursos naturales cuya explotación irracional adquiere hoy visos planetarios; el monopolio de los medios de comunicación, “que no sólo conducen a una uniformidad de la cultura, sino... a nuevos medios de manipulación política,” y el monopolio de armas de destrucción masiva.

Estos cinco monopolios —concluye Amin— definen el marco dentro del cual opera la ley del valor globalizado...; anulan el impacto de la industrialización de las periferias, devalúan su trabajo productivo y sobrevaloran el supuesto valor agregado a las actividades de los nuevos monopolios... El resultado es una nueva jerarquía en la distribución del ingreso a escala mundial, más desigual que nunca antes...³

Y podría añadirse: en el plano político una creciente derechización que refuerza el capital transnacional y a los grupos más conservadores que, desde dentro y fuera de los gobiernos se oponen a

³ Amin, Samir. “El futuro de la polarización global”, *Nueva Sociedad*, núm. 132, julio-agosto de 1994.

una transformación económica, social y política genuinamente democrática e independiente.

A menudo se sugiere que las difíciles condiciones económicas y sociales, y concretamente el aumento masivo de la pobreza que aqueja a México y otros países subdesarrollados, son la consecuencia de la conservadora política neoliberal en boga; pero como hemos visto en estas páginas, lo cierto es que si bien esa política es en parte responsable, en ella subyacen hechos históricos de mayor dimensión y profundidad, que sería un error no advertir o considerar inexorables; hechos que son variables, a menudo determinantes, sobre los que —si queremos que las cosas cambien— también es preciso actuar resueltamente. Y un hecho central es la crisis, una crisis estructural no sólo económica sino social y política, que resulta y se expresa en un desempleo sin precedentes y en contradicciones de nuevo tipo, que los débiles y aun ineficaces mecanismos de regulación disponibles dentro del sistema no pueden resolver.

México, entonces y ahora

¿Cuáles son algunos de los cambios más importantes que se registran en México, en los últimos 25 años? Haciendo un gran esfuerzo de síntesis, en un resumen seguramente muy incompleto diría que los siguientes:

1. Nuestra población aumenta grandemente, de 48 a cerca de 90 millones de habitantes. En las ciudades viven las tres cuartas partes de la población, y cerca de la mitad en los centros urbanos más grandes. Millones de personas emigran del campo a la ciudad y también hacia Estados Unidos, en donde en general trabajan ilegalmente y consiguen empleos inestables, poco calificados y mal retribuidos.
2. Excepto en los años del "auge petrolero", la economía mexicana crece, en general, lenta e inestablemente, y en el último cuarto de siglo lo hace a un ritmo muy inferior al de los 25 a 30 años previos, la situación se agrava entre 1982 y 1988, sexenio en el que incluso se sufre un retroceso; y de 1989 a 1994, si bien hay una leve mejoría, el crecimiento de la producción es muy

desigual y apenas rebasa la mitad de lo que el gobierno había previsto (2.9% anual hasta 1993); en ese año, además, el Producto Interno Bruto (PIB) prácticamente se estanca y la participación de los salarios en el ingreso nacional sigue siendo muy inferior a la de los años setenta.

3. La tasa bruta de inversión, que en su mejor momento —1981— alcanza el 25% del PIB, unos años después cae al 16%, y bajo el gobierno de Salinas aumenta hasta el 20%, o sea a un nivel todavía inferior al logrado años atrás, y del todo insuficiente para hacer crecer rápidamente a la economía y reforzar la producción de bienes intermedios y de capital.
4. La composición de la inversión experimenta profundos cambios. Hasta 1980-1981, la inversión pública cobra impulso y compite en magnitud —al llegar al 44% del total— con la privada; más tarde, la política de "ajuste" y de privatización debilita esa inversión —que en 1991 es sólo del 24%— y refuerza la privada, sobre todo en los grupos empresariales más poderosos. Empero no es la inversión nacional la que más aumenta sino la extranjera, que tan sólo entre 1984 y 1988 pasa de más de 12 mil a más de 24 mil millones de dólares, y de ahí a 1994 vuelve a duplicarse, hasta alcanzar un monto acumulado de casi 50 mil millones, siendo la inversión en el mercado de valores la que más crece.
5. No es fácil advertir, a nivel macroeconómico, los cambios que experimenta la estructura económica y por tanto la composición de la producción. Podría, no obstante, decirse que en los últimos 25 años se conservan las posiciones del comercio y servicios —como la más importante—, en segundo lugar la de las manufacturas, y, sobre todo desde los años ochenta se debilitan, además, la agricultura, la actividad forestal y la minería. En los años setenta se refuerzan especialmente la industria de energía eléctrica, la petrolera y petroquímica y la construcción. Más adelante aumenta la importancia relativa de la industria manufacturera, sobre todo en actividades como la de minerales no metálicos, de maquinaria y equipo y química, así como el comercio y, aun en mayor medida, los servicios, especialmente financieros.

6. El comportamiento del PIB y los cambios que exhibe su composición, no bastan para advertir algunos hechos importantes; en todo caso comprueban que el crecimiento en los últimos años es muy lento, pero no permiten ver o al menos soslayan su profunda desigualdad. Los grupos empresariales más poderosos y que mayor influencia ejercen en nuestra economía crecen rápidamente en los años setenta, incluso cuando el discurso oficial, de corte populista, parece no serles favorable; años más tarde encaran serios problemas que los hacen operar con pérdidas y los obligan a reorganizarse, y bajo el gobierno salinista se modernizan y fortalecen. Al respecto algunos piensan que el cambio no es fundamental porque tales grupos son unos cuantos y su influencia es limitada. La verdad, sin embargo, es que dominan nuestra economía —el 89% de la producción total procede de las grandes empresas—⁴ y que se han reestructurado, concentran hoy su actividad donde más les conviene, cuentan con mejor organización y equipos más eficientes, han elevado sustancialmente su productividad, disponen de un personal menos costoso y más calificado, operan a una escala muy superior a la de hace unos años, tienen acceso a mejores condiciones de financiamiento y, si bien dependen, en general, del mercado interno, algunos de ellos concurren ya en forma significativa también a otros mercados y han aumentado sustancialmente sus exportaciones.

Y como tal situación —y los cambios que entraña— se advierte en los grupos más fuertes, no sería correcto pensar que la economía mexicana y en particular la planta productiva se han desmantelado. La que sí se ha debilitado es la pequeña y mediana empresa en su conjunto, tanto por la severa competencia nacional y extranjera a la que ha debido enfrentarse, como por el lento crecimiento de la producción y del mercado interno, por sus bajos niveles de organización y eficiencia y los múltiples problemas —fiscales, financieros, tecnológicos, comerciales, laborales y otros— que las afectan.

⁴ Véase *Ejecutivos de Finanzas*, Año XXIII, Número Especial, México, noviembre de 1994, p. 36.

7. Durante los años setenta aumenta sensiblemente el nivel de ocupación, y bajo el auge petrolero la alta tasa de inversión genera más empleos. Incluso son muchas las empresas tanto públicas como privadas, ganadas por la euforia y que se crean al vapor y sin bases sólidas, las que emplean más gente de la necesaria e incluso pagan sueldos envidiables a altos funcionarios que pronto se vuelven parte de una costosa, privilegiada e improductiva burocracia. Posteriormente, el lento y desigual crecimiento económico, el que las mayores inversiones se hagan en actividades y procesos intensivos de capital y no de mano de obra, el que la inversión y el gasto público disminuyan, el que el aumento de productividad y la reducción de costos se busquen incluso en el sector público —Petróleos Mexicanos (Pemex) y los Ferrocarriles lo comprueban— reduciendo sustancialmente el número de trabajadores, y el que las difíciles condiciones de las empresas pequeñas y medianas obliguen no sólo a emplear menos gente sino a veces incluso a liquidarse y despedir a todo su personal, explica las altas tasas de desempleo y subempleo de los últimos años.

8. Otro cambio también importante es el que afecta a la estabilidad monetaria y financiera y el nivel de los precios.

A partir de los años setenta, cuando el crecimiento es más lento, los precios suben con rapidez y en forma ininterrumpida; según algunos ello obedece a que la inversión y el gasto público se elevan de prisa, a cambio de un creciente déficit en las finanzas del Estado; y en parte ello es cierto, aunque la presión inflacionaria procede también de las empresas privadas, en particular de las más poderosas, que influyen en el nivel de precios y en las condiciones del mercado. La larga etapa de estabilidad cambiaria termina en 1976. De ahí en adelante la devaluación del peso y los déficit fiscales se acentúan, hasta alcanzar niveles sin precedente. La devaluación es especialmente intensa entre 1982 y 1987, años en los que el déficit de la cuenta pública llega también al máximo. Después de 1989, en cambio, dicha cuenta se reequilibra gracias al fuerte descenso de la inversión y de la deuda pública, y a los enormes recursos financieros —más de 66 mil millones de nuevos pesos— que reporta al gobierno la privatización de la banca, de Teléfonos de México y otras grandes empresas antes propiedad del Estado. Todo lo cual

contribuye a que, entre 1988 y 1993, la tasa media de incremento de los precios se reduzca de 51.7% a 8%.

9. Independientemente de sus resultados financieros, la privatización, y en general la política de apoyo del Estado a los grupos empresariales más poderosos, juega un papel muy importante en la reestructuración del capital; primero se les protege y ayuda para facilitar su expansión. En los años más difíciles de la crisis, el Banco Central otorga a las empresas más endeudadas —a través de Ficorca— ventajosos financiamientos en pesos, por el equivalente de 12 mil millones de dólares, que no sólo les ayudan a cubrir sus adeudos sino que a no pocas de ellas las salva de la quiebra y con frecuencia les permite obtener altos ingresos financieros, lo que hace posible que aun empresas que exhiben cuantiosas pérdidas de operación, reporten a menudo una utilidad neta.
10. Los cambios en la composición del comercio exterior y de la balanza de pagos no son menos reveladores. En una primera fase el comercio de bienes y servicios es desfavorable, posteriormente, los crecientes ingresos petroleros, sobre todo entre 1978 y 1981, contribuyen al aumento de las exportaciones de mercancías, que tan sólo en cuatro años se elevan en conjunto de 10 308 a 30 789 millones de dólares, no obstante lo cual, la balanza comercial arroja un déficit en ascenso. A partir de 1982, durante varios años las exportaciones no aumentan, pero como el estancamiento económico, la caída de la demanda y la severidad del ajuste reducen grandemente las importaciones, en los siguientes ocho años México obtiene un saldo comercial, y durante tres o cuatro de ellos una balanza en cuenta corriente positiva. A partir de 1987, las importaciones empiezan a crecer de nuevo y el declinante ingreso petrolero no puede ya financiarlas; el aumento de la producción y sobre todo de la exportación manufacturera —que tan sólo entre 1982 y 1994 se eleva del 20% al 70% del total de las ventas— contribuye a compensarlas; y el creciente déficit, que en el bienio 1993-1994 sobrepasa la enorme suma de 50 mil millones de dólares, se cubre con la afluencia neta de inversiones y créditos del exterior, que incluso permiten al país incrementar su reserva de divisas hasta 1993, pues entre enero y noviembre de 1994 se desploma de alrededor

de 26 000 a 14 000 millones de dólares, y en las últimas semanas del año baja a 6 mil millones, primero, y acaso a no más de 3 ó 4 mil millones, después.

En su último Informe al Congreso Salinas de Gortari aseguró, en actitud triunfalista y demagógica, que al concluir su gestión dejaba una economía estable y lista ya para empezar de nuevo a crecer con rapidez. Y si bien el déficit en cuenta corriente representaba ya el 8% del Producto Interno Bruto, se insistía en que ello no entrañaba un mayor problema sino que en realidad obedecía a la creciente afluencia de capital extranjero y permitiría al país elevar su inversión.

Apenas una semana antes de la caída del peso, el 20 de diciembre de 1994, el por unos días secretario de Hacienda, Jaime Serra Puche, reiteraba que la situación económica era muy favorable y anunciaba que no habría devaluación monetaria. Ese día, sin embargo, dada la salida masiva de capital y la baja en picada de la reserva monetaria, se anunció que se ampliaría la banda de flotación del peso en 15%, lo que equivalía a devaluar. Y al día siguiente el Banco Central se retira del mercado y deja a nuestra moneda al libre juego de la oferta y la demanda en buena parte especulativas, lo que hace que al concluir el año el peso se cotice a alrededor de 5 por dólar de Estados Unidos, lo que significa una devaluación de más de 40%.

Como en 1976 y 1987, o se a al fin de los tres gobiernos previos, al concluir el de Salinas de Gortari e iniciarse el de Zedillo, la economía mexicana exhibe profundos desequilibrios y una gran debilidad y, precisamente cuando se reiteraba que todo iba "viento en popa", los hechos se imponen a las palabras y, una vez más, el bienestar ofrecido se convierte en nuevos sacrificios para la mayoría de la población.

Ante los nuevos y graves desajustes, el gobierno de Zedillo anuncia un Programa económico de emergencia que, sin modificar significativamente la política de los últimos años, intentará reducir el déficit de la cuenta corriente, lograr una pronta recuperación del crecimiento y el empleo y reducir el efecto inflacionario de la devaluación. Para estabilizar la situación se cuenta con créditos del exterior —principalmente de Estados Unidos— por 18 mil millones de dólares, y, tras largas discusiones, se conviene en hacer ajustes

mínimos a ciertos precios y en no aumentar salarios, más allá de lo establecido antes de la devaluación.

Si bien a menudo se reitera que la apertura comercial y financiera de México y la firma del TLC harían posible, en primer lugar, el acceso a los grandes mercados extranjeros, tanto de mercancías como de capitales, lo cierto es que sus efectos fueron hasta ahora muy contradictorios. Después de años de mantener una política proteccionista, en la segunda mitad de los ochenta México entra al GATT y empieza a reducir, a menudo unilateralmente y en mayor medida que Estados Unidos y otros países industriales, sus aranceles. En años recientes las exportaciones mexicanas de manufacturas aumentan de manera sustancial, lo que —aun procediendo en buena parte del capital trasnacional que opera en nuestro país— sin duda tiene importancia.

Pero lo que da cuenta de a quién beneficia en mayor medida esa apertura y concretamente el TLC, en vigor desde enero de 1994, es que lo que más crece son nuestras importaciones, que tan sólo en 1994 aumentan a 78 000 millones de dólares, lo que hace que el déficit en cuenta corriente sea de 28 000 millones de dólares. Como se sabe, si aun tan enorme déficit no genera —hasta noviembre de 1994— otros graves desequilibrios, ello obedece a que la afluencia de capital del exterior alcanza, a su vez, niveles sin precedente. Al respecto, a menudo se hace notar que sería muy riesgoso e inaconsejable hacer descansar nuestra estabilidad en un mecanismo tan frágil, incierto, y del todo ajeno a nuestras decisiones; pero el gobierno sigue confiando en la inversión extranjera. Y la verdad es que el sólo hecho de que numerosos productos importados compitan, a veces deslealmente con los nuestros y, sobre todo, de que estemos comprando en otros países no sólo lo que no podemos producir sino incluso aquello que, de contar con una política de desarrollo industrial, podríamos fabricar a precios y calidades competitivos, debiera ser motivo de justificada inquietud.

11. La deuda externa aumenta rápidamente hasta 1981-1982, en que su saldo llega a una cifra récord y México se ve en la imposibilidad de pagarla, lo que quiere decir que el crecimiento económico incluso bajo el auge petrolero se financió en buena parte con recursos externos. Hasta 1989, el saldo de la deuda no

aumentó y aun se contrajo levemente debido a las severas restricciones impuestas por la política de "ajuste", la suspensión del crédito extranjero, la caída de las importaciones y varias renegociaciones; pero desde 1990 la deuda empieza de nuevo a incrementarse y tan sólo en cinco años pasa de 96 418 a 138 mil millones de dólares, suma que si bien representa una proporción del PIB inferior a la de la primera mitad de los años ochenta, reclama pagos anuales de capital e intereses ya muy cuantiosos —que se incrementarán debido a la devaluación del peso—, o sea que sigue siendo una carga muy pesada y un alto riesgo, como acabamos de comprobarlo apenas dejan de entrar al país las grandes inversiones extranjeras, directas y de cartera, que afluyeron hasta principios de 1994. El endeudamiento se agrava porque sobre todo en los últimos meses del año el gobierno hace cuantiosas colocaciones de tesobonos, títulos que se pagan en pesos, pero al tipo de cambio del dólar en la fecha de vencimiento.

12. La banca y el sistema financiero experimentan también profundos cambios. En una primera fase se avanza de la banca sectorial o especializada a la llamada banca múltiple, y al permitir que una institución opere en diversos campos, la concentración y centralización cobran impulso. El mayor quiebre se sufre en 1982, cuando en respuesta a la "crisis de la deuda", al creciente déficit comercial y a la devaluación del peso —según el gobierno— los bancos alientan la especulación y la fuga de capitales, lo que obliga a nacionalizarlos.

La nacionalización se limita a las actividades "estrictamente bancarias". Otras empresas financieras, casas de bolsa y de cambio, compañías de seguros, sociedades de inversión, arrendadoras de bienes raíces, así como empresas de otro tipo que eran propiedad de los bancos, siguen siendo privadas; y a las primeras incluso el gobierno las apoya abiertamente y les permite operar en campos más amplios, lo que contribuye a que crezcan con mayor rapidez que los bancos propiamente dichos y se conviertan en lo que entonces da en llamarse una "banca paralela".

Bajo el gobierno de De la Madrid se reforma la ley y admite que hasta el 30% del capital de los bancos quede, de nuevo, en

poder de particulares; y bajo la administración de Salinas se legalizan y alientan los grupos financieros privados, se reprivatiza la banca, se permite que los principales grupos empresariales adquieran buena parte del capital bancario, se da autonomía al Banco Central, se dejan de controlar las tasas de interés y, conforme al TLC, se abre la puerta a la banca extranjera, lo que trae consigo una situación que no sólo difiere de la de hace unos años, sino de la que tradicionalmente mantuvo el país desde los años treinta. Bajo el nuevo régimen el mercado de dinero y de capitales se refuerzan, la concentración bancaria se intensifica y los bancos apoyan más a la empresa privada que al gobierno, y debido a los altos diferenciales con que se les permite operar obtienen a menudo cuantiosas utilidades, aunque al propio tiempo arrastran muy altas carteras vencidas, que en parte revelan laxitud en la selección de los acreditados e incapacidad de éstos para cubrir, en un mercado interno que crece muy lentamente, el oneroso servicio de sus deudas.

Resumen

Muchas cosas han cambiado en México en el último cuarto de siglo; el saldo, en conjunto, no es negativo gracias al esfuerzo desplegado por millones de hombres y mujeres cada vez mejor preparados; hoy producimos más que antes, y la nuestra es —por el valor de su producción— la décimo segunda economía en el mundo; generamos más energía eléctrica y tenemos una industria petrolera y petroquímica más moderna y con mayor capacidad; la ganadería y la avicultura progresan considerablemente, y pese a los bajos precios internacionales, la minería ha registrado también avances. Las industrias de la construcción y las manufacturas se han desarrollado y diversificado apreciablemente, aunque a menudo son las empresas extranjeras las que más han crecido; una muestra de ello son las maquiladoras localizadas principalmente en estados del norte, y que si bien utilizan muy pocos insumos nacionales, emplean ya a más de 600 mil trabajadores mexicanos, promueven el comercio exterior y han impulsado el crecimiento de ciudades fronterizas como Juárez, Tijuana, Mexicali y otras, aunque integrándolas más a la economía estadounidense que a la nuestra.

El comercio, en general, se ha modernizado y es ahora más eficiente y más cómodo y atractivo para el consumidor; algunos transportes —como el metro en la ciudad de México, el autotransporte y el transporte aéreo nacional— son, sin duda, mejores que antes; la comunicación electrónica ha crecido en forma espectacular, y la red de carreteras, así como la actividad hotelera y turística, se han ampliado y mejorado grandemente también.

Aunque en años recientes se descuidan servicios sociales básicos debido a una política monetarista restrictiva que reduce el gasto y aun la inversión públicos, el proceso de urbanización, a veces muy rápido, modifica y a menudo mejora las condiciones de vida de millones de mexicanos. Hoy contamos con más escuelas y un más alto nivel —aunque todavía insuficiente— de escolaridad; pese al déficit habitacional disponemos de más y mejores viviendas; con todo y sus graves fallas, el sistema de seguridad social y de salud se ha ampliado en forma considerable y los sitios de descanso, recreación, esparcimiento y difusión cultural se han multiplicado.

Sin embargo, hay serios rezagos y fallas, el atraso del campo es manifiesto y aun dramático; y después de años de haberse frenado la reforma agraria, que entre Emiliano Zapata y Lázaro Cárdenas cobrara gran impulso, la contrarreforma iniciada por Alemán culmina con el nuevo y aún más grave paso hacia atrás que significa la enmienda de Salinas al artículo 27 Constitucional, que so pretexto de fomentar la inversión, privatiza y aun destruye al ejido, y despoja al campesino ya no sólo de la tierra sino de la esperanza de adquirirla algún día. Los ferrocarriles y los puertos son insuficientes y requieren de una rápida y profunda modernización. Los actuales niveles de productividad son todavía muy bajos y típicos del subdesarrollo, siendo revelador que nuestro ingreso por habitante en 1990 ocupe el número 34 y el Índice de Desarrollo Humano, apenas el 53 a nivel mundial.⁵

El uso que hacemos de los recursos a nuestro alcance, empezando con los humanos, es defectuoso y con frecuencia irracional; el desequilibrio ecológico y el daño al ambiente son graves. Pese al avance industrial tenemos un enorme déficit en la producción de

⁵ Revista Ejecutivos de Finanzas, p. 30.

bienes intermedios y de capital, y en rigor carecemos de una clara y bien definida política de desarrollo industrial. El ahorro interno es insuficiente y dilapidamos buena parte de nuestros recursos financieros, la calidad de la educación es todavía muy deficiente, la inseguridad y la violencia en la vida diaria son ya alarmantes, la atención a la ciencia y tecnología es del todo inadecuada; hablamos mucho de la integración latinoamericana pero hacemos muy poco al respecto; que el crecimiento económico en los últimos años haya sido muy lento e inestable y uno de sus ejes la creciente inversión extranjera, contribuyen a que el desarrollo sea cada vez más desigual, a que el desempleo y el subempleo aumenten, a que cada año sean más los mexicanos que incluso ilegalmente se van en busca de trabajo a Estados Unidos —ahora amenazados por la racista propuesta 187 de California— y a que la brecha que nos separa de las naciones altamente industrializadas, en vez de cerrarse, se abra cada vez más.

Podríamos dar cuenta de otros cambios y otros rasgos de la economía mexicana, pero me limitaré a subrayar un hecho bien conocido y fundamental: dado el inequitativo reparto de la riqueza y el ingreso puede decirse, sin temor a exagerar, que el estado de cosas que hasta aquí ha prevalecido, incluyendo desde luego la conservadora política en acción, ha hecho que los ricos mexicanos se vuelvan más ricos, y los pobres más pobres.

La inclusión por la revista *Forbes*, entre los hombres más ricos del mundo, de 24 multimillonarios mexicanos a quienes se estima una fortuna individual mínima de mil millones de dólares, no es casual. México sigue siendo, como lo advirtiera el barón de Humboldt a principios del siglo XIX, "el país de la desigualdad"; el dato dramático de 40 millones de pobres y de 20 millones víctimas de la "extrema pobreza", es por demás elocuente. Y el que en un estado tan rico, pero a la vez tan atrasado, como Chiapas se hayan levantado recientemente en armas millares de indígenas —el Ejército Zapatista de Liberación Nacional—, a quienes 500 años después de la conquista española se mantiene en una miseria degradante y se les violan sus más elementales derechos humanos, es un hecho de tal gravedad que por sí solo señala la urgencia de un cambio y deja en el aire las cuentas alegres, el triunfalismo y la demagogia de quienes ejercen el poder.

El contraste indignante de riqueza y miseria que hoy se advierte en México no es sólo fruto de una política económica determinada; tiene también causas sociales y políticas. Aun en los largos años en que nuestra economía creció rápidamente, millones de hombres y mujeres no pudieron librarse de la pobreza, y las expresiones de descontento se multiplicaron. Los movimientos de telegrafistas, maestros y ferrocarrileros en los años cincuenta, y el movimiento estudiantil y la masacre de Tlatelolco en 1968, dejaron ver que el "desarrollo estabilizador" no resolvía los problemas más graves.

El desarrollismo populista de los dos siguientes sexenios comprobó que sin una reorganización económica a fondo, cierta estabilidad y un mejor uso de todos nuestros recursos, tampoco saldríamos adelante. La conservadora y antidemocrática política de los últimos años, la modernización neoporfiriana y la subordinación creciente a Estados Unidos al amparo del mito del "libre comercio" demuestran que junto a la crisis económica, agravada por la enésima devaluación del peso, ahora el país sufre una profunda crisis política. La dramática extensión de la "extrema pobreza" y la incapacidad para dar un empleo digno a millones de mexicanos, la cada vez mayor inseguridad, la violencia, los asesinatos de un cardenal y de dos prominentes políticos del PRI, la represión y aun la muerte de centenares de militantes del PRD, de periodistas y otras personas, el narcotráfico y la corrupción ligada a él estrechamente, y desde luego el rechazo creciente a la imposición, a la manipulación, a los vicios y al control que el gobierno ejerce de las elecciones y sus resultados, e incluso las divergencias en el seno del partido oficial, son algunas de las formas en que se expresa esa crisis, y de los problemas a resolver.

Perspectivas

Los partidarios del "libre comercio" que atribuyen a éste poderes casi mágicos —recurriendo extrañamente al contrabando—, en la reunión panamericana que acaba de celebrarse en Miami, ahora no sólo reiteran que ese comercio es la condición del desarrollo, nos hacen saber, además, que la política estadounidense de dominación del continente nada tiene que ver con la Doctrina Monroe, sino que es la cristalización del ideal bolivariano. ¡Extraña lectura! Bolívar

pensó en unificar a Latinoamérica en un Congreso al que sólo debían asistir los gobiernos latinoamericanos, no el de Estados Unidos; Clinton, en cambio, organiza una reunión en la que la potencia del norte juega el papel central, la Cuba revolucionaria es arbitrariamente excluida y todo ello se nos presenta como el triunfo de la libertad por la que nuestros pueblos siempre han luchado. Si Bolívar hubiera sabido de esta reunión panamericana, seguramente habría repetido que "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar a la América de miserias en nombre de la libertad."

Pero, en fin, actualmente hay quienes creen en el mito del "libre comercio"; esto es, que si abrimos, de par en par, las puertas del comercio al extranjero, así quiebren millares de empresas mexicanas, aumente el desempleo y se ahonde la miseria en el campo, sí obtenemos más y más capital del exterior; si obedecemos al Fondo Monetario y al Banco Mundial y, en esencia, si nos subordinamos a Estados Unidos, vía el "libre comercio", lograremos progresar.

El presidente Zedillo ofreció en su campaña electoral bienestar a la familia mexicana, pero a raíz de la nueva devaluación, lo que anuncia es una reducción del gasto público y más sacrificios para todos. Lo cierto es que para muchos habrá más sacrificios y para otros, los menos, más beneficios.

El programa de emergencia deja sentir que el gobierno de Zedillo mantendrá la política salinista de contención salarial, desempleo y subempleo, creciente dependencia de la inversión y los préstamos del exterior con el consiguiente endeudamiento, mayor privatización, apoyo a los más fuertes grupos empresariales, apertura comercial y financiera, autoritarismo, corporativismo, creciente desigualdad social y aplazamiento de una reforma política verdaderamente democrática. Y sin negar que después de la devaluación del peso el déficit comercial pueda reducirse, que el impacto inflacionario no sea tan grave como otras veces y que la economía logre crecer, de nuevo lenta e inestablemente, lo que se antoja punto menos que imposible es que, con esa política, se superen las causas de los más graves problemas, las condiciones de vida de la mayoría mejoren y el país refuerce su economía, su independencia y su vida democrática.

Sin perjuicio de mantener una posición crítica de la conservadora política oficial e incluso de proponer ciertas reformas y de contribuir a que lo que se haga no sea lo peor, la posibilidad de progresar depende hoy, no de lo que haga la "imposición" sino de que la oposición gane fuerza y prestigio y sea capaz de formar un nuevo gobierno a partir de elecciones limpias que permitan a los ciudadanos ejercer sus derechos, empezando con el de votar libremente por quien quieran. Mas lo cierto es que la oposición es una suma de fuerzas muy heterogéneas y aun encontradas, que van desde la derecha hasta la izquierda tradicionales; que aun en el seno de cada una de ellas no hay unidad y que en las actuales condiciones, incluso una reforma electoral democrática no bastaría para abrir nuevos cauces y elevar el nivel de vida de la mayoría.

Frente a quienes piensan que un triunfo de Acción Nacional sería la condición del cambio que el país requiere, probablemente más mexicanos consideran que, por el contrario, ello conduciría a una política aún más conservadora que la del PRI y que liquidaría en definitiva todo lo que en nuestra historia del último siglo y medio fue progresista.

Seguramente muchas personas piensan que el PRD y otros partidos pequeños, a la manera del Frente Democrático Nacional que funcionó en las elecciones presidenciales de 1988, serían la condición del éxito. Y a estas horas debe haber también quienes creen que, dadas las visibles limitaciones de la acción política que ciertas fuerzas democráticas despliegan en el marco legal, acaso sólo la lucha armada, con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional al frente, pudiera abrirse paso y cambiar la situación.

El impulso y la reorientación del desarrollo, la democratización no sólo del proceso electoral, del Estado y de la política, sino de nuestra vida toda, y el ejercicio de la soberanía nacional —de hecho, no meramente de palabra—, son hoy las condiciones fundamentales para que nuestro pueblo, o al menos la mayoría, viva mejor. Ninguna de esas condiciones está ya presente ni es fácil de lograr, cada una tiene gran importancia, pero no es algo aislado que aconseje líneas de acción separadas y unilaterales; entre ellas hay una estrecha relación y, por tanto, la posibilidad de interinfluencia y de oponerse o apoyarse una a las otras; ninguna de ellas es viable bajo una política como la actual o sostenida por la poderosa y conservadora minoría que hoy ejerce el poder.

Para avanzar es necesaria una nueva política e incluso una nueva estrategia, como a menudo suele decirse una "estrategia alternativa", y ésta sólo es viable como expresión y a partir de una nueva, amplia y representativa constelación de fuerzas sociales.⁶

El trazo, la definición y desde luego la puesta en marcha de esa estrategia no son tareas académicas sino aspectos fundamentales de una lucha política; algunos componentes de ella se contienen ya en las propuestas de numerosas organizaciones y personas; y ahora habría que concretarlos, complementarlos, actualizarlos y articularlos en un coherente planteo de conjunto. Y dado el peligro que entraña la situación de Chiapas, acaso la primera y prioritaria respuesta debiera ser la solución política y pacífica a las demandas de la población indígena encabezada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Precisar, difundir y defender las nuevas líneas de acción aun antes de ponerlas en práctica sería, indudablemente, útil. Pero lo más importante es avanzar en la organización y alianza de las fuerzas capaces de llevar adelante, con éxito, la nueva estrategia. Tales fuerzas son muy diversas y aun heterogéneas; comprenden partidos políticos. Muchas otras organizaciones e incluso numerosas personas no organizadas, hombres y mujeres de diferentes orígenes sociales, ocupaciones, credos religiosos y maneras de pensar, pero que están de acuerdo en la necesidad de un cambio que, sin perjuicio de insertarnos en el internacionalizado mundo de hoy en las mejores condiciones posibles, permita a México y a los mexicanos afirmar su identidad, enriquecer su patrimonio cultural e impulsar un desarrollo democrático y nacionalmente soberano.

Caer en el sectarismo, descalificar y excluir sin razón a fuerzas que debieran participar en esa gran cruzada democrático-revolu-

cionaria, o, del otro lado, proceder débilmente y en actitud oportunista, renunciar a la independencia, contemporizar con el enemigo y aun subordinarse a él, como ha ocurrido tantas veces en nuestra opinión sólo llevaría a la derrota y al desaliento.

En mucho mayor medida que la que se logró en la reciente campaña electoral en apoyo a la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, ahora es preciso organizar una amplia alianza popular y ciudadana que movilice a millones de mexicanos. Las viejas formas de organización y de militancia están siendo rebasadas por nuevas realidades. Las acciones mismas que hoy se requieren son, en muchos casos, diferentes de las de antes y los marcos en que se actúa son también distintos y más amplios. El país es muy complejo, diverso y desigual, y la manera en que se trabaje debe corresponder a las realidades concretas en las que se desenvuelve el esfuerzo requerido.

El frente amplio que hoy se requiere debe caracterizarse por su empeño en hacer política de nuevas maneras, en dar vida a prácticas realmente democráticas, en trabajar flexiblemente y comprender que la autonomía de las organizaciones que lo integren es una de las condiciones del éxito.

Con frecuencia se advierte que algunos parecen pensar que un problema a resolver consiste en decidir si se adopta una línea de acción dura o blanda, y este es un falso dilema; lo que importa es que la línea que se elija sea consecuente, honesta y eficaz, y que sean sus resultados, no las intenciones, lo que más cuente.

Es hora ya de actuar con verdadero respeto a todos, sin que nadie pretenda imponer sus posiciones a los demás; de superar discrepancias menores en la acción misma, y de aprender a actuar conjuntamente y unidos en la diversidad.

De la capacidad que se demuestre en la práctica para hacerlo, dependerán en buena parte la suerte y las perspectivas de lo que intenten las fuerzas democráticas.

6 El autor de este artículo ha escrito en años recientes otros acerca de la necesidad y posibilidad de una nueva estrategia. Algunos de ellos, publicados principalmente en la revista *Estrategia*, son: "Importancia política de un programa popular unitario", núm. 97. "Elementos políticos y teóricos de una estrategia alternativa latinoamericana", núm. 98. "Fase actual de la lucha de nuestro pueblo", núm. 99. "Nuevas realidades, nuevas tácticas y métodos de lucha", núm. 101. "Internacionalización, desarrollo y libre comercio", núm. 103. "América Latina; en el umbral de un nuevo siglo", núm. 104. "Hacia una estrategia alternativa", núm. 106. "Hacia una propuesta popular", núm. 108. "En busca de una nueva estrategia de desarrollo", núm. 111. Y "Hacia una propuesta democrática", núm. 114.